

## HISTORIA DE LA FILOSOFÍA MODERNA

### Lección XVI

Ludwing Feuerbach<sup>1</sup>

*Traducido del alemán por Eduardo Vásquez,  
doctor en filosofía, profesor titular de la Universidad  
Simón Bolívar. Caracas – Venezuela.*

#### **Lección XVI: Fichte. Jacobi**

El idealismo es la filosofía de la *concentración dentro de sí mismo*, del *estar cabe sí mismo*, del *discernimiento*. Recuérdate, ve dentro de ti, son los primeros mandamientos que le impone a aquellos que se le quieren acercar.

Todo pensar es ir dentro de sí. No se puede pensar y al mismo tiempo estar disperso en la intuición de las cosas sensibles. Al pensar pertenece concentración. Cuando ponemos atención correctamente a un objeto, puede pasarnos al lado lo que sea, ello no nos molesta, no lo percibimos. Ver y oír se nos acaban, las cosas sensibles no tienen ninguna existencia para nosotros, se nos desaparecen cuando nos encontramos en situación de pensar seriamente, de tensa atención. Las cosas no tienen *para nosotros* ninguna existencia, excepto cuando somos para ellas, cuando las fijamos, las convertimos en objetos. Y toda filosofía se apoya en el acto de la concentración dentro de sí, de la renuncia, de la abstracción. Pero Fichte convirtió a este *acto como tal en principio* de la filosofía. (Este acto es pensar y al convertir a este pensar mismo en objeto, me surge el concepto del yo, yo soy consciente del pensar, de mí como diferente de las cosas y por eso me aprehendo *a mí mismo, a mi yo*).

No puede ser negado —es un hecho— el que en el pensar, en el pensar serio y profundo, se nos desaparecen las cosas de los sentidos de los ojos y de los oídos. ¿Cómo, si no, podríamos pensar? Pero al desaparecernos las cosas de los sentidos, cesa su realidad para nosotros. ¿Pero conforme a qué juzgo yo una cosa, qué es después que la siento, la veo y la oigo? ¿Pero qué es ver sin conciencia?.

---

<sup>1</sup> Ludwing Feuerbach (1804-1872) preparaba estas lecciones para la Cátedra en la que él iba a suceder a Hegel, pero nunca las llegó a dictar por su declaración de ateísmo. Estas lecciones fueron publicadas en 1974 por la Wissenschaftliche Buchgesellschaft. Los textos fueron preparados por Carlo Ascheri y Erich Thies (N. del T.)

Lo que no es activo por sí mismo, autoactivo, no es ninguna *substancia*, y lo que no es *substancia*, no es *ninguna realidad*, *ningún ser*. Por consiguiente, la fuente de toda realidad es la actividad. Esta fue hace poco la proposición de Leibniz. ¿Pero qué es verdaderamente lo autoactivo?. *Sólo la inteligencia*. Así, pues, *la razón* es la fuente de toda realidad, o sea, es toda realidad. Pero Kant aún está en contradicción consigo. Por lo menos en la razón teórica él todavía no es libre, no ha aprehendido en verdad su principio. La inteligencia, como inteligencia teórica, es condicionada, determinada y limitada. Pero sólo lo que se activa a sí mismo, lo que se autodetermina, es en el fondo de su alma lo real, lo verdadero. Por consiguiente, él realiza su idea, su principio fundamental por medio de la razón. La voluntad, como lo que se autodetermina, es lo verdadero, lo real. Pero sólo Fichte concibió y realizó incondicionada e ilimitadamente el pensamiento fundamental de la filosofía Kantiana. El ser verdadero <sup>(1)</sup> y real es sólo la actividad —pero sólo la actividad de la inteligencia es actividad— pero la actividad de la inteligencia es pensar <sup>(2)</sup> —pero pensar es pensar de un objeto— ¿Cuál es, pues el objeto primero y más original de la inteligencia? *la inteligencia misma; este pensar del pensar es la inteligencia misma*, su esencia, su ser. “La inteligencia se intuye a sí misma simplemente como inteligencia o como inteligencia pura y en este intuir consiste simplemente su esencia”. El yo es él mismo nada más que este autointuir de la inteligencia, el yo es nada más que la inteligencia consciente *de sí misma* o inteligencia. Por consiguiente, el yo es la *realidad absoluta* y como tal la medida de toda realidad determinada, limitada y finita. El yo es *por medio de sí mismo* “él se pone a sí mismo”, pues ¿por medio de qué es él? Sólo por medio del pensarse a sí mismo, pero esto ya es él mismo, su esencia; él es por tanto, *per se*, por medio de sí mismo. Él es autoactividad absoluta, fundamento de sí mismo. Pero al ser la realidad absoluta, entonces todo lo que es pensado sólo es en la medida en que es *para el yo*. El concepto del objeto, de la cosa, sólo es el concepto de una relación (*Relation*), es sólo como objeto de la conciencia. El objeto no es *en sí*. Ser objeto es *relación consigo mismo*; cuando quiero aprender a conocer las cosas en sí con ello no quiero decir nada más que no quiero conocerlas, como ellas son en relación a mí, sino como son en relación consigo mismas. Pero *relación consigo mismo*, es lo que es lo otro como autoconciencia. Soy consciente de mí significa nada más que me relaciono conmigo mismo, que estoy en relación conmigo mismo, y no simplemente con otro. Por consiguiente, *una cosa en sí* es una contradicción, pues le das un predicado que sólo corresponde al espíritu; quieres una cosa que sea

al mismo tiempo cosa y no lo sea. La cosa *es* y sólo es pensable como objeto de la conciencia. La autoconciencia —pues la conciencia de la cosa presupone la autoconciencia— es la fuente y la medida de toda realidad. Lo que no es objeto de la conciencia, no es.

Por tales razones, la filosofía es idealismo —pues convierte a las cosas en determinaciones de la conciencia— y por consiguiente se diferencia del dogmatismo en que éste, como dice Fichte: “Parte de un ser como *absoluto* y su sistema, por tanto, nunca se eleva por encima del ser. El idealismo no conoce de ningún modo ningún ser como algo subsistente para sí”.

No parece nada natural partir de un ser o de su admisión. Pero a esto responde Fichte: “¿Puedes *hablar* de una realidad sin *saber* de ella, sin tenerla al menos oscuramente en tu conciencia y referirte a ella?” (*Informe más claro que el Sol*, pág. 37). Esto es totalmente exacto: para un ser consciente no hay ningún ser en sí, pues lo que es para él, esto justamente sólo es para él en cuanto que es para su conciencia, pues sólo en su conciencia tiene la medida de lo que es o no es; lo que no es objeto de su conciencia, de esto nada sabe, no existe para ella; por tanto el ser en sí sólo tiene ser en cuanto objeto de su conciencia, pero, justamente, así ya no es más ser en sí, sino ser para la conciencia. Un ser en sí, un ser separado de la conciencia es, por tanto, una imagen, no es ninguna realidad. Partir de un ser en sí significa, pues, partir siempre del pensamiento, de la conciencia del ser; no puedo partir de él, sin pensarlo, pero lo cual es pensar otro, como referir un objeto a mi autoconciencia. Y así nos reprime y avanza todo en la conciencia. La filosofía tiene que tomarla como su fuente, su principio. Puede presentarse esto también así: No puedo salir *fuera* de mi conciencia ni ir por encima de ella, todo cae dentro de ella. Por consiguiente, la frontera se manifiesta como una frontera, un límite. Y Kant fue quien aprehendió como límite este no-poder-ir-más-allá, puesto que él reconoció que pensamos todo como objeto de nuestra conciencia, este no poder ir más allá. Pero no hay que terminar así. Por esa razón, no podemos salir de ella, porque ella es lo omniabarcante, lo absoluto, (la *certeza incondicionada*, lo primero inmediato), la realidad *positiva*, el ser mismo, el ser sencillamente, si debiéramos aplicar estas determinaciones dogmáticas al yo, a la actividad más pura, al ponerse-a-sí-mismo, al pensarse-a-sí-mismo. Tampoco las cosas pueden salir de la substancia, ellas le están adherida, pero ¿quién querría reconocer esto como un límite de la substancia y no quisiera

más bien reconocer en ello su infinitud, su realidad?: “Hay originalmente sólo una substancia, el yo: en esta substancia una están puestos todos los accidentes, y por tanto, todas las realidades posibles” (*Doctrina de la ciencia*, p. 79). No podemos salir de la conciencia porque es lo ilimitado.

¿Pero cómo? ¿No es esto una afirmación insólita? ¿No sería lo que yo no sé? ¿Sería mi saber la medida de lo que es? ¿Cuántas cosas hay que yo no sé? Muchos han entendido realmente así a Fichte. La filosofía fichteana sería un absurdo. Pero el absurdo no se encuentra en el objeto, sino en la comprensión. Puede anotarse como regla para todos los casos que se presentan en la vida: donde se oye achacar una afirmación absurda a un filósofo que ya ha dado pruebas indudables de su talento filosófico, allí puede estarse seguro de que lo absurdo se encuentra en la comprensión o en la exposición. Atribuir absurdos a un pensador es absurdo. Las objeciones que se le hacen a un filósofo desde el punto de vista de la no-filosofía para exponerlo absurdamente, las ha sabido en todo momento y en el mismo instante en que él pensaba a los pensamientos contra los cuales se hacen esas objeciones. Él tiene conciencia plena de esas objeciones, y sólo posibles malentendidos que pueden ser hechos a sus pensamientos.

Fichte se caracterizó especialmente por la clara conciencia, por la penetrante mirada en todos las siempre posibles objeciones, pues, como hombre, el filósofo tiene así mismo dentro de sí el entendimiento humano natural, como los otros hombres; pero aún tiene una conciencia más alta y por eso cuando concibe pensamientos que contradicen a los lugares comunes, tiene entonces sus buenas razones para no prestar atención a la voz del entendimiento humano común. Hay épocas en que la humanidad pierde realmente todo sentido y capacidad para concebir ideas filosóficas. Así fue ella para el tiempo de los padres de la Iglesia, cuando los romanos. Como es sabido, Cicerón afirmó que no había nada, por insulso que fuera, que no hubiera sido afirmado por un filósofo. Se hacen bromas, por ejemplo, sobre la afirmación de Anaxágoras de que la nieve sería negra. ¿Pero tiene esto algún sentido? Los antiguos filósofos coincidían con Descartes, Spinoza, Leibniz, Kant, Hegel, y otros, quizás con la excepción de los cirenaicos y epicúreos, en que las cosas sólo son en sí cuando son pensadas, pero no cuando son sentidas, en que ellas como objeto del *nous*, como *noumena*, son esencia, como objeto de los sentidos son sólo *phainomena*, por tanto, que ellas son distintas en la esencia a

como son en la manifestación, ¿Qué ha dicho entonces Anaxágoras? ¿Quizás ha negado que la nieve parece blanca o que se presenta así a los ojos? De ningún modo, sino sólo que la nieve, cuando se la considera con el entendimiento y se pregunta según esto, entonces la nieve en sí o según sus elementos no es blanca, que el color no es ningún predicado adherido a la esencia.

Así ocurre también con Fichte. Quien por el yo entiende su *yo particular*, su persona, encuentra con razón absurdo convertir al objeto dependiente del saber del individuo. Pero Fichte entiende por objeto la *inteligencia misma, la autoconciencia del espíritu, la razón*. En vez de la palabra inteligencia me sirvo mejor de la denominación yoidad, porque caracteriza más inmediatamente el volver dentro de sí mismo de la actividad para quien sea capaz de la más modesta atención. *Sí mismo* presupone el concepto del yo y todo lo que es pensado de lo absoluto es derivado de este concepto. “Yoidad e individualidad son conceptos muy distintos y la composición en el último se deja observar muy claramente. Por medio del primero ponemos todo lo que está fuera de nosotros, no simplemente nos oponemos personas, nos imponemos bajo él no sólo nuestra personalidad determinada, sino *nuestra espiritualidad* en general”. “En la *Doctrina de la ciencia* la razón es lo *único en sí* y la individualidad es sólo accidental; la razón es finalidad y medio la personalidad; la última es sólo una manera particular de expresar la razón y tiene que perderse cada vez más en la forma universal de ella”. *Sólo la razón es eterna*, pero la individualidad tiene que extinguirse incesantemente. Quien no dispone exigentemente a su voluntad en este orden de cosas, tampoco logrará la verdadera comprensión de la doctrina de la ciencia”.

Por tanto, el yo de Fichte es el yo pensado absolutamente; la inteligencia pura, no es ningún yo personal, ningún yo determinado. Y este yo en la identidad con la inteligencia es *actividad pura, actividad ilimitada, el ser por sí mismo* más claro, intuición de sí mismo, *sujeto-objeto*. Para este yo absoluto no existe *ningún objeto*, ninguna cosa, pues entonces él sería *limitado, determinado*. Si pienso en algo, mi actividad ilimitada e indeterminada en sí, cesa, se fija, es decir, es *determinada*. Pero el yo se *limita* así mismo, o más exactamente, se *determina a sí mismo*, ante todo. Como tal yo determinado pone un no-yo frente a sí y opuesto, comparte su realidad en la suya y la del no-yo. En suma, así surge la cosa, el objeto. Los objetos son determinaciones, limitaciones del yo, a los cuales, sin embargo, él mismo se pone, son *limitaciones*

*voluntarias*. El no-yo es algo, y el yo, opuesto al no-yo, es algo. Pero no el yo absoluto, el cual no tiene *ningún predicado*. Ambos se determinan. El principio fundamental de la *Doctrina de la ciencia teórica* es el siguiente: “*El yo se pone como determinando al no-yo*”. En este punto de vista del yo surge también el concepto del tú; la *Doctrina de la ciencia* procede teóricamente: poniendo oposiciones; sintéticamente: enlazando oposiciones, “El concepto del tú surge por la unión del *ello* y del yo”. “El *ello* significa lo mismo que la mera objetividad. El tú no es otra cosa que el yo pensado *como objeto*. Un yo semejante *es el individuo*. Para el yo como individuo, pues, lo que en sí sólo es producto del yo absoluto, es puesto sólo por él, tiene *realidad inmediata, ello es absolutamente*. Por consiguiente, en esta esfera, las cosas son *realidades*. Lo que para el yo, para la inteligencia pura, es algo superado, ideal (*ideell*), lo que para ella es sólo afección, es aquí para ello *substancia*, ser. Este punto de vista, pues, en general, es el *punto de vista de la vida*”. La vida no es otra cosa que la conciencia inmediata del objeto como dado, un sumergirse en el objeto. “Toda realidad, dice Fichte, nos surge por el olvidar y sumergir de nuestro sí mismo en ciertas determinaciones de nuestra vida y este olvidar de nuestro sí mismo es lo que da a las determinaciones en las cuales nos olvidamos el carácter de la realidad y nos da una vida” (*Informe más claro que el Sol*, p. 38) “No pienso en absoluto en mí, me olvido de mí por completo en el objeto” (p. 23). “Por eso se dice también: *yo estoy comprendido en eso y estoy abismado*”. “Realidad da sólo la vida, la experiencia, no el pensar”. “La vida puede aprender a conocer sólo por la vida misma, en modo alguno por la especulación” (p. 9 *ibid*). “El hombre llega ... a todo, a lo que él llega, sólo por la experiencia, por la vida misma” (p. 12, *ibid*). Por consiguiente, Fichte pone a la vida y a la especulación en la más aguda oposición. “Vida y especulación sólo son determinables el uno por el otro”. “*Vivir es total y verdaderamente no-filosofar; filosofar es total y propiamente no vivir*”. En lo que uno está atrapado, lo que uno mismo es, no lo puede conocer. Uno tiene que salir de ello, colocarse fuera de ello. Este salir de la vida real, este punto de vista fuera de él, es la especulación. La filosofía nada produce, nada crea; ella es sólo construcción posterior, imagen posterior de la conciencia original; ella es sólo conciencia de la conciencia; ella sólo deriva del principio absoluto de la conciencia, del yo, lo que está en la conciencia; ella es sólo saber del saber; ella no tiene como objeto objetos *reales* inmediatos, sino sólo el saber de los objetos; por eso, la filosofía es *Doctrina de la ciencia* y no sabiduría mundana. “Ella construye la conciencia totalmente común de todo ser racio-

nal absolutamente *a priori* según sus rasgos fundamentales, precisamente así como la geometría construye absolutamente *a priori* los modos universales de limitación del espacio por medio de todo ser racional. Ella comienza de las determinaciones de la autoconciencia más sencillas y absolutamente características, de la intuición o yoidad; ella progresa en la suposición de que la conciencia determinada completamente sería el resultado de todas las otras determinaciones de la conciencia, y hasta es derivada de ésta” (p. 127. *Informe más claro que el Sol*). Por medio de abstracción libre “tiene, sin embargo, que ser producido el yo, el cual no es encontrado en la conciencia común, el yo de la conciencia real es una persona entre muchas personas”. De esta conciencia de la personalidad deriva la *Doctrina de la ciencia*. “Es algo completamente diferente el yo del cual ella parte, no hay absolutamente nada más distante que la identidad del que es consciente y de lo consciente y a esta separación tiene que elevarse primeramente por abstracción de todo lo demás en la personalidad “<sup>(2)</sup>.

De lo dicho hasta ahora se aclara suficientemente lo siguiente: cuanto sin sentido hay en aquellos que conciben a Fichte que entienden la proposición: las cosas son puestas absolutamente en el yo, ellas son productos del yo absoluto, como si las cosas no fueran cuando yo no las pensaba, como si yo las produjera realmente ahora, en este momento del tiempo en que pienso a estas cosas, como si yo estableciera mesas y bancos con el mero pensamiento. El pensar que ser refiere a *objetos* es un pensar absolutamente *determinado* y *limitado*, una *conciencia inmediata*, una intuición absolutamente determinada y no libre; un objeto surge sólo porque el yo renuncia a su *ilimitación*, se pone un límite a su *actividad libre*, es por eso una *necesidad* incondicionada que yo intuya a las cosas así y así en esta relación; la *intuición del objeto* ya es la superación, la negación del pensar pensado como indeterminado y limitado, del *pensar* como él es uno con el yo que se pone a sí mismo. El yo *padece*, pensando al objeto, o sea, en la conciencia de un mundo objetivo el yo está en la situación del *padeecer*, está vinculado, *afectado*. Por consiguiente, cuanto banal es atribuir al pensar (la libertad) y la fuerza de crear y producir al objeto, al pensar como es ejercido en la *Doctrina de la ciencia* y como lo es por el filósofo (al pensar, no como pensar del objeto, sino sólo al pensar del pensar de los objetos, sólo la conciencia o la reflexión sobre la conciencia de las cosas); de tal modo que Fichte, *cuando* estaba como filósofo en la cátedra si no pensaba esta habitación, entonces ella desaparecería. Precisamente este

*cuando y cuando no*, esta posibilidad de lo uno o de lo otro, está completamente superada en esta esfera. Es la *esfera de la necesidad* (o de la dependencia). Yo soy aquí yo *determinado* (en una relación conforme a la ley), y el yo determinado; la realidad del yo *determinado* y la realidad del objeto determinado, son idénticas, de tal modo que la derivación de la realidad de las cosas es una con (la de la derivación) la realidad del límite, de la determinidad, del lindero, esto, por tanto, la derivación del yo determinado desde el *yo puro*. Por consiguiente, aquí se *intercambian esferas esencialmente distintas*.

La filosofía fichteana, debido a que ella sólo expresa la autoactividad en su más alta potencia como inteligencia, como autoconciencia, como realidad única, como la verdadera realidad, con fuerza ilimitada, tiene un alto carácter ético y espiritual. “La *Doctrina de la ciencia* no sólo da al espíritu fineza, destreza, firmeza, sino también al mismo tiempo absoluta autonomía, puesto que él necesita estar sólo consigo mismo, y vivir y actuar en sí mismo” (p. 190. *Informe más claro que el Sol*). “Por medio de la *Doctrina de la ciencia el espíritu* del hombre llega a *sí mismo* y de ahora en adelante se apoya en sí mismo, sin ayuda extraña, y llegará a ser absolutamente poderoso por sí mismo” (p. 192). Y justamente, puesto que la filosofía fichteana impulsa a la autoconciencia a esta cima más externa y lo eleva a principio cumbre, ella exige inmediatamente a los hombres a que *acumulen todas las fuerzas dentro de ellos*, a juntarlas, a concentrarlas, a estar cabe sí mismos.

Su principio más elevado, el principio especulativo, contiene inmediatamente el mandamiento absoluto a los hombres: sé vigilante, llega a ser consciente de ti mismo. Pero un hombre *consciente de sí mismo* es al mismo tiempo un hombre consciente de la suprema realidad del espíritu, de la realidad de la *verdad* de sí mismo (pues el espíritu es la verdad de la vida). Y así era Fichte, un hombre *absolutamente consciente de sí mismo*, verdadero, libre, puramente ideal, un hombre ético en el sentido más común y elevado ¿Pues qué es ético en el sentido más elevado? Vivir puramente *en interés de la verdad* y no en interés de sí mismo. Capacidad para la verdad es la virtud suprema, incluso la única virtud – ella es la unidad del conocimiento y de la acción, de la persona y de la idea, ella es la *afirmación incondicionada* de una verdad *suprema*, de una idea *absoluta*. Por consiguiente, la filosofía de Fichte surge de su carácter, o a la inversa, pero en virtud de esto no tiene carácter subjetivo. Un hombre *grande*, en el verdadero sentido, es un hombre *universal*. Sí, la *idea misma* que subyace como fundamento en Fichte no es otra que ésta: pensada

como la *idea de la eticidad en carácter absoluto*, en su más alto principio, en que ella es uno con la inteligencia. *Autonomía* y eticidad son conceptos idénticos. Un hombre determinado por inclinaciones accidentales, y dependiente de ellas, determinado y dependiente por intereses y atenciones por las cosas externas, es un hombre sin ética; sólo un hombre *que se sostiene y se apoya en sí mismo*, que es por medio de sí mismo, que se forma así mismo en incansable actividad, *se crea a sí mismo* (sereno ante todo elogio o crítica, ante lo provechoso o perjudicial), sólo un hombre libre es un hombre ético.

Precisamente de allí vino también la falla de Fichte en lo concerniente a su visión del mundo. Para él, el mundo es exclusivamente *objeto*, sólo en su relación con la moralidad el no-yo sólo es para que el yo se ponga un opuesto para llegar a ser consciente de sí mismo para así tener un medio de ejercer su fuerza. “*Mi determinación*, dice Fichte en la *Determinación del hombre*, es actuar *éticamente*”<sup>(5)</sup>. “Mi mundo es objeto y esfera de mis deberes y absolutamente nada más». (Pág. 210). “La fe en la realidad del mundo de los sentidos surge sólo de un concepto del mundo moral”. (p. 211)<sup>(6)</sup>. “La libertad necesita de una esfera para actuar esta esfera es el mundo existente y en la acción, así como lo encontramos”. (p. 214). “La razón práctica es la raíz de toda razón”. “Lo que pone la acción para el ser racional es inmediatamente cierto; su mundo es cierto sólo porque aquello es cierto” “La fe en la realidad de otro, de igual esencia a la mía, se arraiga en la conciencia que me prescribe deberes respecto de ella; así, toda realidad depende de la razón práctica”. El concepto de Dios tiene justamente por eso, desde ese punto de vista, una significación moral. En el Diario filosófico de 1798 publicado en común con Niethammer Fichte entregó un ensayo sobre el fundamento de nuestra fe en un orden moral del mundo. Esto le ocasionó la acusación formal de ateo por el Consistorio de Sajonia. Fichte plantea en él la proposición de que Dios sería el orden del mundo, esto es, el orden viviente, que ordena, que efectúa, *ordo ordinans*. Esto tiene este sentido: el hombre actúa, es decir, se pone su finalidad y quiere realizarla. Esta finalidad es la idea de lo bueno, pues él sólo se activa por acción moral. Pero la acción presupone la fe en que la *finalidad se va a conseguir*, en su realizabilidad. Pero esta fe presupone nuevamente a su vez la fe en el orden, en una ley, en un poder que promueve y determina que lo bueno realmente se consigue, que los obstáculos que se le van oponiendo, desaparecen; en una palabra, la fe en Dios es la fe en el poder y la realidad de lo bueno. Según Fichte, los predicados: Ser, Substancia, no pueden ser apli-

cados a Dios. *Sólo actividad es ser*, según Fichte. Ser en el sentido del dogmatismo expresa, pues, en Fichte, una situación fija, un límite; y también así para substancia. Pensar a Dios como substancia significa hacerlo *finito*. Él sería una cosa. El espíritu no es algo. Sólo la barbarie podría, por tanto, hacerle a Fichte una objeción semejante. Pues alcanzar a ver esto era comprender que bajo el orden no hay ningún abstracto, sino el *ordo ordinans* ¿Qué es, pues, el *yo absoluto*, la actividad más límpida que es por medio de sí y desde sí, que es independiente y es el principio supremo de todas las cosas y personas? Pensado en verdad *no es sino Dios*. No depende del nombre, sino del *concepto, de la determinación, del contenido*, lo que yo pongo como primero y supremo, si lo llamo o no Dios, y le vincule realmente conceptos y determinaciones divinos.

Aún tenemos que mencionar un pensador que tuvo con Kant y Fichte un principio común de la filosofía. Se trata de Federico Enrique Jacobi. Fichte y Jacobi han concebido mucho en oposición. Sin embargo, sólo se diferencia de Fichte en que el *yo* sólo es para él como *persona* y objeto, en que él, por tanto, excluyó y aborreció la especulación; sólo en el saber idéntico con la persona, en la convicción inmediata, en el sentir, encontró la fuente de la realidad, el manantial de la verdadera vida divina. El punto de vista del individuo el cual donde es puesto inmediatamente con el yo un tú, un objeto, pero que *es derivado* por Fichte del más alto punto de vista de la especulación, es para él el único y primitivo punto de vista. Esta es la raíz de su diferencia así como de su identidad. Fichte era más libre, estaba infinitamente más alto, y por tanto, podía reconocer el punto de vista de Jacobi, pero éste no podía reconocer el punto de vista de Fichte. Este era para él, porque su ser personal era contradictorio, un ser puramente negativo. Fichte mismo escribe a Jacobi en una carta del año 1775: “Yo estoy asombrado por la extraña uniformidad de nuestras convicciones filosóficas”. Del año 1776: “Coincidimos totalmente. También Ud. busca toda la verdad donde yo la busco, en el santuario más íntimo de nuestro propio ser. Sólo que Ud. trae a la luz al espíritu *como espíritu*, hasta donde le es permitido al lenguaje humano; yo tengo la misión de aprehenderlo en la *forma de un sistema*”.

#### Notas:

1. (Al margen:) “Toda realidad es *activa* y todo lo *activo* es realidad, *actividad* - cuyo concepto es idéntico con el concepto del *ponerse a sí mismo* – es realidad *positiva* y absoluta. 66, Doctrina de la ciencia.

2. “*Sólo pensar*, dice Fichte, es un *actuar*”
3. “*Sólo* el yo es activo; él es simple yo en la medida en que es activo, y en la medida en que no es activo, es no-yo” pág. 73. Aquí esto quiere decir también: ningún sujeto, ningún objeto; ningún objeto, ningún sujeto. *Ibid.* p. 137.
4. (Al margen:) “Nuestro sistema no quiere ampliar el pensar real, común y único, sino que lo quiere abarcar y exponer exclusivamente creador”. A Jacobi: “Nuestro pensar filosófico nada significa y no tiene el menor contenido, sólo el *pensar pensado* en este pensar significa y tiene contenido”.
5. Y un tal hombre era Fichte. Sus efectos como maestro son incalculables. Fue un maestro de la nación alemana. La gran fuerza que desarrolló la nación prusiana durante la lucha de liberación fue encendida por Fichte. Los efectos del espíritu no se ven enseguida, son incalculables, indeterminables, pero no por eso menos eficaces. Son conocidos los discursos de Fichte a la nación alemana. El los dictó (...) en Berlín.
6. No simplemente saber, sino *actuar* según tu saber, es tu determinación. P. 182, *estás aquí para actuar*. Tu acción y únicamente tu acción determinan tu valor.
7. (Al margen:) Tres emanaciones de la cabeza de Júpiter de la razón crítica, del idealismo: la filosofía ética pura, Fichte; la filosofía estética, Schelling; la filosofía metafísica universal espiritual, Hegel.